

EL SEMANARIO CATÓLICO.

REVISTA RELIGIOSA, CIENTÍFICA Y LITERARIA.

Núm. 268.

Alicante 15 de Enero de 1876.

Año VII.

EL ATEISMO.

—

III.

La suprema perfeccion consiste en existir por sí mismo, en tenerlo todo de su propio fondo; y el ser que existe por sí mismo es independiente, todo lo posee y nadie podrá limitarle. Además, si alguna cosa hay demostrada en metafísica, es que el ser necesario tiene todas las perfecciones de inteligencia, sabiduría, bondad, libertad y justicia; por lo cual si la materia fuese ese ser necesario, seria preciso atribuirle todas estas perfecciones. ¡Y qué extraña violencia no habria que hacer para esto á la razon! Aun hay más; como cada partícula de materia existiria necesariamente, seria tambien soberanamente perfecta, cada una seria Dios: y hé aquí cómo desechando el ateo al Dios verdadero, poblaria de Dioses todo el universo.

Observemos todavia que la materia no existe sino con los atributos que le son naturales, á saber; cierta disposicion de partes, cierto modo de ser y una forma cualquiera; de lo que se sigue que no ha podido existir eternamente sin forma determinada, eterna como ella, indestructible é inmutable; circunstancias que

vemos todos los dias desmentidas por la variacion continua de sus formas.

Hemos dicho, en segundo lugar, que es imposible explicar el movimiento sin recurrir á Dios. Una de las propiedades de los cuerpos es la de poder ser trasladados de un lugar á otro y ser agitados, á lo cual llamamos movimiento. Ahora preguntamos, ¿de dónde procede el movimiento de la materia? Dejamos á la eleccion de nuestros lectores el que nos digan, ó que le ha sido comunicado en el principio, ó que le es verdaderamente esencial. Si dicen que el movimiento ha sido comunicado, les preguntaremos por quién. Seguramente que no lo ha sido por sí misma, porque en la suposicion de que hablamos no le es verdaderamente esencial: por consiguiente, lo ha recibido de una causa motriz diferente de ella misma, y ya tenemos aquí el primer motor diferente de la materia, á saber, Dios.

Dígase enhorabuena que el movimiento se ha comunicado por una á otra parte de la materia, sin ninguna causa original primitiva ó extrínseca á su existencia, y que es una sucesion interminable de movimientos que pasan de uno á otro cuerpo; esto es querer engañarse á sí mismos, pues siempre será preciso llegar á un átomo que ha sido puesto en

movimiento el primero, y respecto del cual repetiremos la pregunta de cuál es la causa eficiente de su movimiento. Dígase si se quiere que el movimiento es esencial é inherente á la materia; esta respuesta va á embarazar tanto como la primera.

Concebimos desde luego la idea de un cuerpo y la de su movimiento, y conocemos que se pueden separar estas dos cosas, pues podemos suponer un cuerpo en quietud sin destruirle, y la misma experiencia nos enseña que siempre está inmóvil si otro no le impele: por consiguiente, la idea de un cuerpo no lleva consigo la del movimiento, y aunque ninguno se le conceda, no por eso deja de tener toda su esencia: de donde se infiere que el movimiento no le es esencial, sino que le ha sido comunicado por una causa preexistente, de suerte que siempre venimos á parar á la causa primera, á Dios. Podríamos formar otros muchos raciocinios sino temiésemos hacernos molestos con una materia tan abstracta; preferimos, por lo tanto, remitir á nuestros lectores á Fenelon, en cuyo *Tratado de la existencia de Dios* se hallan capítulos muy sólidos y luminosos sobre esta materia.

Decimos, por último, que es imposible sin Dios explicar la existencia del hombre. Si subimos de familia en familia y de siglo en siglo, iremos á parar en un hombre sobre la tierra, vivo, organizado y sensible como nosotros. sin haber nacido de un padre y una madre, pues por mas que queramos alargar por tiempos imaginarios la cadena de las ge-

neraciones, siempre terminaremos en un primer eslabon. No esperamos oír á nadie decir, que por sí mismos necesariamente hayan existido algunos individuos de nuestra especie desde la eternidad, los cuales hayan sido el tronco de todos los demas, y por consiguiente que el género humano no tiene principio. Esto seria un absurdo: tales individuos existirian todavia, pues lo que existe por necesidad de su naturaleza no puede dejar de existir, y ¿hay acaso en nuestra especie semejantes individuos eternos? Es, pues, indudable que la especie humana ha tenido principio; veamos cuál puede ser su origen y la causa de su existencia. Nosotros creemos y decimos una cosa muy sencilla: un Dios criador dió al primer hombre el ser y la vida, y con su poder omnipotente formó su cuerpo con maravillosa industria, á la manera que un alfarero da al barro las formas que le agradan, y en seguida le animó con la inteligencia, rayo de su divina luz, por la que el hombre es imágen de su autor.

¿Qué dicen sobre esto los ateos? No falta entre ellos quien diga sin rebózo que la naturaleza ha plantado hombres en diferentes partes del globo: pero cuando no se reconoce á Dios, la naturaleza no es otra cosa que este universo, esta reunion de todos los séres; y seria preciso rogar al que dijese que la cohesion de los séres ha plantado hombres, que hablase de un modo inteligible, y no expresase en un lenguaje bárbaro una idea todavia mas bárbara.

Entre los antiguos, Lucrecio decia que en el origen los gérmenes de los animales estaban agarrados á la tierra por me-

dio de raíces y vegetaban como las plantas; pero quisiéramos saber en donde existen los monumentos históricos de esta vegetación del hombre-planta. No pidamos testigos de este hecho que pasó allá en aquella época y en aquellos lugares en que hablaban los árboles, y con que Anfion al son de su lira amansaba los tigres y atraía los peñascos, es decir, en el tiempo y país de las quimeras. Si en otro tiempo han estado los hombres agarrados á la tierra por medio de raíces como las plantas, ¿por qué no lo están todavía como ellas? ¿Por qué si la tierra ha producido los hombres por una especie de vegetación, no sigue produciéndolos del mismo modo? ¿Por qué semejante mudanza en la producción del hombre, cuando vemos todas las producciones de la naturaleza, los minerales y las plantas, perpetuarse siempre del mismo modo? ¿Por qué ha dejado el hombre de ser hoy un resultado de cierta combinación, habiéndolo sido antiguamente?

No hablemos de las metamorfosis por las cuales ha pasado el animal acuático que canta en nuestras lagunas, ni aleguemos las del gusano industrioso que hila su sepulcro, y después de haberse arrastrado por la tierra desplega las alas de la mariposa; pues estas transformaciones se han visto en todos tiempos de la misma manera que ahora, y todos los seres que resultan de ellas han sido producidos de esta misma manera, como lo acredita una experiencia constante y universal; de suerte que, siguiendo las leyes de la analogía, si antiguamente hubiera provenido el hombre de una metamorfosis

semejante, también provendría hoy de la misma.

Pero ¿cuál fué el estado del primer hombre cuando apareció sobre la tierra? ¿Quieren los ateos que haya aparecido niño, hombre hecho ó bien que haya ido formándose sucesivamente? Detengámonos un momento á examinar estas tres hipótesis. Si se nos dijese que el primer individuo de nuestra especie apareció en la tierra débil, delicado y sujeto á las necesidades de la más tierna infancia, sobresaltados entonces por el peligro de su vida, preguntáramos qué madre le alimentó con su leche, y qué mano bienhechora defendió su cuerpo débil de los peligros que le rodeaban; pero soseguémonos, que el atea Lucrecio en su poema *De rerum natura* ha salido de todas esas dificultades. Según él, la tierra fué la nodriza del primer hombre, un vapor ligero su vestido, y su cuna el tierno césped.

No lo hemos visto, pero debemos decir que si esto no es cierto es muy poético, y á lo menos el tal Lucrecio tiene gracia, mientras que los ateos modernos con su lóbrega metafísica son tristes como las tinieblas.

Si se dijese que el hombre salió de repente adulto y perfecto del fango de un pantano, calentado por los rayos del sol, se afirmaría una cosa evidentemente desmentida por los hechos, pues es contrario á todas las leyes de la analogía, y á la experiencia de todos los siglos y de todos los climas, que un animal se forme con tanta rapidez, y que adquiriera repentinamente, y como por una creación instantánea, toda su perfección.

Réstanos hablar de la suposición de que el hombre se ha formado sucesivamente por la incorporacion y union de diversas partes; mas este es otro absurdo, porque el cuerpo organizado es un todo en el cual cada parte supone la existencia de las otras. Un animal no se forma como, por ejemplo, la sal, por la agregacion de diferentes moléculas reunidas; es un sistema compuesto de un número infinito de órganos que tienen correspondencia directa y relaciones íntimas entre sí, hechos los unos para los otros, y cuyas fuerzas concurren al bien general. Este todo se desenvuelve y toma mas volúmen, pero en cuanto máquina siempre es en pequeño lo que despues debe ser en grande. Finalmente, aun cuando el hombre hubiera podido formarse así, preguntariamos siempre en qué consiste que la tierra, despues de haber producido hombres de gérmenes preexistentes, no los produce ya de este modo.

¿Y qué responden á esto los ateos? Que la tierra es vieja, que está ya desvirtuada y ha perdido su fecundidad: ¡digna respuesta y tan absurda como sus sistemas! ¿Y en qué la fundan? Pues qué, ¿no hay ya limo, ni tierra blanda y cenagosa, ni sol para calentarla? Al contrario, siempre existen los mismos materiales, y la naturaleza debiera hoy tener mayor facilidad para esta clase de producciones, respecto á que por la muerte de una inmensa multitud de hombres se han esparcido por todas partes los gérmenes que habían servido para su formacion, y deben existir en gran cantidad tan preciosos átomos; de modo que los cuerpos nuestros serian la semilla de los vivos, y los sepulcros almacenes en don-

de la naturaleza encontraria materiales ya dispuestos para formar hombres. Tales son en substancia las reflexiones de Jaquetot y de Fontenelle. En nuestros dias se ha renovado la doctrina de que ciertos animalejos, perceptibles solo con el microscopio, nacen del seno mismo de la corrupcion, y se ha iniciado la posibilidad de que el hombre tenga un origen semejante: pero por de contado seria preciso probar que dichos animalillos no provienen de un germen preexistente, y que este no es el fruto de otro animalajo que haya existido antes del germen, lo que no está probado todavia.

Pero ¿qué ganarian con esta suposición, aunque no fuese gratuita, siendo constante que hay especies que no se reproducen por este medio, como el leon, el elefante y el hombre? Siempre podiamos preguntar quién dió la vida al primer individuo de esta especie. A la verdad, los ateos con sus hombres-plantas y con sus metamorfosis para explicar el origen de la especie humana, se muestran mas crédulos que los niños que creen en las trasformaciones causadas por la varita-mágica de las hadas; y cuentos por cuentos, preferimos esas historietas que al fin divierten nuestra niñez, á esas novelas irreligiosas que envilecen al hombre y marchitan el corazon con impresiones de tristeza y de muerte.

¿No será ya tiempo de abjurar todos estos tenebrosos sistemas, de declararnos altamente á favor de las verdades sagradas que las naciones y los siglos han reverenciado como el verdadero fundamento del mundo moral, y de sustraernos enteramente y para siempre del dominio tiránico de esa falsa sabiduría que ha

usurpado el imperio de la verdadera, que no ha reinado sino para destruir, ni hablado en nombre de la tolerancia y de la libertad sino para introducir la anarquía ó la servidumbre? Si el ateismo es la fuente de todo mal, la creencia en la Divinidad es el principio de todo bien. Un Dios, una Providencia, una vida futura, una religion regla del entendimiento y del corazon, que reprime todos los vicios y ordena todas las virtudes, son cosas unidas entre sí y bien enlazadas, y no se necesita más que ser consecuente para llegar desde la creencia en un Dios, padre comun del género humano, á la fé en Jesucristo su reparador. Para recorrer felizmente el intervalo que media del conocimiento de Dios al de Jesucristo, solo se exige amor sincero á la verdad y valor para abrazarla despues de conocida, aunque sea á costa del sacrificio de nuestras inclinaciones y nuestros hábitos.

¡Ojalá se penetren todos de que no son las pasiones las que han de darnos la felicidad que buscamos, sino esa religion celestial que ha descendido del cielo para remedio de todos los males de la humanidad, que ilustra y fija la incertidumbre del entendimiento por la fe, consuela y fortifica el alma con la esperanza, perfecciona y santifica el corazon por la caridad, y dice á todos sin excepcion: *Vosotros, todos los que estais aquejados de los males de la vida y fatigados del choque de vanas opiniones, venid á mi, yo os consolaré!*

EL PANTEISMO

CONDENADO POR PIO IX.

ARTÍCULO 1.º

La primera proposicion que nuestro Santísimo Padre Pio IX. condena en el *Syllabus* dice asi:

«No existe ningun sér divino, supremo, perfecto en su sabiduria y su providencia, que sea distinto de la universalidad de las cosas, y Dios es idéntico á la naturaleza de las cosas, y por consecuencia sujeto á cambios; Dios, por esto mismo, se forma en el hombre y en el mundo, y todo los séres son Dios y tienen la propia sustancia de Dios. Dios es de ese modo una sola y misma cosa que el mundo, y por consecuencia hay la misma identidad entre el espíritu y la materia, la necesidad y la libertad, lo verdadero y lo falso, el bien y el mal, lo justo y lo injusto.» Hasta aquí la traduccion literal de la citada proposicion primera.

No debemos extrañarnos de que el Pontífice romano, con la refutacion de este error, se proponga asentar los inconcusos y sólidos principios de la razon humana y de toda ciencia, que inconcuso principio de toda ciencia es la existencia de un Sér Supremo é inmutable, razon absolutamente última de todo Sér. El Pontífice romano, en el momento de dirigir su palabra infalible á los trescientos millones de católicos esparcidos hasta la playa más recóndita del órbe, no hace sino difundir la luz celestial de la Revelacion divina; y esta luz salvadora ilumina á los hombres, que no solo en el

orden sobrenatural, sino tambien en el puramente natural, cuyas verdades, así especulativas como prácticas, no fueron conocidas en toda su integridad y pureza de la muchedumbre gentilica, ni aun de los sublimes génius del paganismo, los cuales estaban sepultados en la mas honda oscuridad respecto de muchas cosas que cualquiera niño cristiano sabe y explica con sencillez encantadora.

Y cuenta que las mismas tinieblas que se cernian sobre el génio pagano, abaten y humillan, despues de la aparicion de la luz evangélica, á los talentos que, soberbios, creen bastarse á sí propios para la solucion de los grandes problemas de la filosofia. Estos problemas, así en la filosofia antigua como en la moderna, tienen por objeto el origen del mundo y la existencia y naturaleza de Dios, cuya idea se ha hallado universalmente arraigada en todos los pueblos. Y así como en el mundo pagano la solucion de estos importantes problemas fué no pocas veces el *panteismo*, que confunde en una misma esencia todo lo existente, divino y humano, Criador y criatura, así tambien la moderna filosofia, que desprecia los salvadoras tradiciones de la filosofia católica, ha caido con frecuencia en tamaño error. Esa es la causa de que el Jefe de la verdadera civilizacion, el defensor nato de los fueros de la razon y de la verdad, Pio IX, en la proposicion primera del *Syllabus* condene el *panteismo*, resolviendo solo con esto los mas trascendentales problemas de la filosofia. Demostraremos esta verdad en el artículo presente.

Lo primero que se presenta á nuestros ojos, es el mundo que nos rodea.

¿Cuál es el origen de este mundo visible?

Supongamos que no existiera nada de cuanto se presenta á nuestra vista corporal, y que desapareciendo el espacio y el tiempo, callase todo en el silencio de la nada; ¿qué repugnancia encontraria el entendimiento en que no existieran los seres que componen el universo actual? Ninguna absolutamente.

Además, ¿qué repugnancia habria en que el mundo presente fuese de una manera distinta de lo que es ahora? Ninguna tampoco. La razon es porque la esencia del mundo no incluye la existencia; así como *es*, pudo tambien *no ser*. Si, pues, en su misma esencia no se encuentra la razon de su existencia, ¿la encontraremos en otro ser que no exista necesariamente? Tampoco; porque acerca de este último podríamos hacer las mismas observaciones. No se concibe, pues, la existencia del universo, sin admitir la de un *Ser*, que de tal manera exista, que no pueda menos de existir, que incluya en su esencia la existencia, ó por mejor decir, cuya esencia sea su existencia, que sea, en un palabra. *Sér á se*, como con admirable laconismo se expresa la *filosofia católica*. Un *Sér* de esta naturaleza es perfectísimo; porque ni ánn modelo alguno ó tipo de perfeccion ó de belleza es concebible, sin el *Sér*, principio de todo otro sér. Es además simplicísimo; porque la esencia en abstracto es simplicísima, exenta de toda composicion. Este sér es acto purísimo y simplicísimo, de tal manera, que apenas acierta nuestra débil razon á fijar en él su mirada. Tal es, por necesidad esencial, el *Sér* que nos vemos precisados á admitir, para

explicar el origen del universo. Este Sér, simplicísimo y perfectísimo, es inmutable; porque si en su misma esencia purísima contiene toda la plenitud posible de perfeccion, ¿qué perfeccion puede faltarle?

Ahora bien; ¿es esta la naturaleza del universo que nos rodea? ¡Oh! no: solo pensarlo sería locura. Su sér no es necesario, como consta de lo dicho. ¿Habrá alguien que se atreva á decirnos que es absolutamente perfecto? Le responderíamos con una sonrisa de lástima. ¿Simplicísimo? Tampoco: la materia se presenta á nuestra vista. ¿Inmutable? ¡Oh! el movimiento rápido é incesante de la materia, las tendencias nobles é innobles de los mortales nos aseguran que el mundo y cuanto abarca en su seno, se muda como el tiempo, su esencial condicion. ¡Lejos de nosotros tamaño delirio! El Sér esencialmente existente, perfectísimo, simplicísimo, inmutable, es el verdadero Dios, cuya existencia y cuyos atributos pone en claro la misma razon con sus propias luces; pero no obstante esto, el defensor nato de los fueros de la fé y de la razon, el Pontífice romano, hace brillar en medio del mundo la antorcha de la Revelacion, para que aquellos que no penetran las razones intrínsecas de la filosofía, no se dejen fascinar de los sofismas del panteísmo.—G. S. S.

DISCURSO DEL SOBERANO PONTIFICE

á los peregrinos de Rennes.

Este agradable y edificante concurso de almas abnegadas que, con nombre de peregrinos, se suceden aquí, en Roma,

con tanta frecuencia, y muchas veces á costa de rudas fatigas, me trae á la memoria la gran copia en que pueblos y naciones diversas acudieron á Jerusalem en la gran solemnidad de Pentecostés, despues de la gloriosa Ascencion al Cielo del divino Triunfador de la muerte. Entonces tuvo lugar el gran prodigio de la diversidad de lenguas; porque San Pedro y los Apóstoles predicaban ante aquellas multitudes de naciones distintas, y todos les entendian y comprendian perfectamente, cada cual en la lengua nativa de su pais, de suerte que todos quedaban maravillados y confundidos.

De igual manera admiramos hoy estos peregrinos que llegan de las diversas partes del mundo á prosternarse, unánimes y en conmovedora concordia, ante el sepulcro de los Santos Apóstoles, para renovar su espíritu y su corazon, y estar con eso mejor dispuestos á combatir, rechazando los errores de nuestros enemigos y descubriendo el veneno mortal que ocultan en su seno. Y como entonces el espíritu de Dios penetraba en el corazon de aquellos que escuchaban, de cualquier nacion que fuesen para unirlos y estrecharlos con los vínculos de la misma fé, así, hoy todavía, millones de católicos se unen en el mismo espíritu para demostrar al mundo que el solo Catolicismo acerca y junta los pueblos, á pesar de la difereneia de sus lenguas, usos y costumbres, para hacer en algun modo un solo corazon de todos los corazones, y unirlos en conjunto con el estrecho lazo de una sola y misma fé; mientras ciertas sociedades que no están basadas en la fé católica, son edificios erigidos sobre arena.

Con todo eso, esta union maravillosa que llenaba de asombro á los que escuchaban la palabra de los Apóstoles, sirvió entonces tambien de pretexto á las almas viciosas é incrédulas para vomitar contra los discípulos de Jesús groseras injurias, llegando hasta decir que los predicadores estaban tomados del vino, y que los que les escuchaban eran imbéciles. *Musto modere deputant quos spiritus repleverat*, canta la Iglesia.

Hoy todavia la turba de los incrédulos inspirada y arrastrada por el veneno que lleva en su corazon, da nombre de *fanáticos* á los católicos mas ejemplares, llama *fanatismo* todas las prácticas externas de piedad que se ejercitan de tantos modos diversos, y que tienen por objeto la santificacion personal, la edificacion del prógimo, dar muestras de amor y respeto á la Iglesia, asi como á la Santa Sede. Y aun ha habido corifeo de la presente revolucion que, en lenguaje de plazuela, no se ha avergonzado de llamar conjunto de *borrachos* á todos aquellos valientes y honrados jóvenes, verdaderos cristianos, que habian abandonado todas las dulzuras del hogar doméstico por venir á dar y derramar su sangre en defensa de la Santa Sede.

Pero los primeros cristianos eran firmes y constantes en practicar, aun delante de sus calumniadores, la doctrina que los Apóstoles predicaban. *Erant perseverantes in doctrina Apostolorum*. Así debeis conducir vosotros, buenos fieles. Permaneced firmes, á despecho del fanatismo de los impíos, en la práctica de la Religion, sin ningun respeto humano, haciendo todo lo que la caridad cristiana os sugiera, sea para vues-

tra propia santificacion, sea para la santificacion de las diversas clases de la sociedad. No temais presentaros en público con las insignias de vuestra piedad, ostentando en vuestro pecho la imágen de Maria, ó bien la Cruz, ó tambien el Santísimo corazon de Jesús. Que Dios bendiga tal valor y os dé, á todos y á cada uno en particular, aquella remuneracion que solo un Dios omnipotente puede daros.

Los primeros cristianos *erant unanimiter in templo.... collaudantes Deum*. Y vosotros tambien, bajo las sagradas bóvedas del templo, alzais á Dios vuestras plegarias, que, como el humo oloroso del incienso, suben hasta los pies de su trono á aplacar su justicia irritada.

Los primeros cristianos ponian á los pies de los apóstoles su óbolo, que tambien entonces podia llamarse *Obolo de San Pedro*; dado que principalmente se ponía á los pies de San Pedro, servia para mantener á los Apóstoles, socorrer á las viudas y á los desgraciados, y para otras varias obras de caridad. Lo mismo haceis vosotros ofreciendo limosnas para mantener tantas obras pias, en cuyo número se cuenta la prensa, que es de suma utilidad. Si, yo bendigo con mayor efusion de corazon á todos los que dan limosnas destinadas á la difusion de libros de poco volumen (*piccola mole*) para que el pueblo pueda tener en sus manos antidoto que le preserve de todas las impiedades de la prensa desencadenada y perversa.

En tan generosas larguezas no es olvidado seguramente el Padre comun de los fieles. Este desprendimiento le consuela doblemente; porque puede admi-

rar en él la piedad de tantos millones de hijos suyos, y porque le es dado partir con gran número de pobres que padecen igual necesidad, la limosna que se le da en gran abundancia y por generosísima manera.

Y para terminar la comparacion entre dos épocas tan apartadas una de otra, diré que, así como en los primeros dias del Cristianismo quiso Dios confortar á los fieles con milagros, comenzando por aquel que el Príncipe de los Apóstoles, acompañado de San Juan, obró curando al lisiado, y siguiendo con otros muchos que hicieron todos los demás Apóstoles, como San Pedro; de igual modo en nuestros dias multiplica Dios los milagros que se obran por mano de la Reina de los Apóstoles en tantos santuarios del universo católico, principalmente los mas grandes de todos, quiero decir, las conversiones de pecadores que Ella conduce llenos de arrepentimiento á los brazos de la misericordia divina.

Y así como San Pedro, despues del prodigio que obró, viendo que el pueblo le rodeaba en tumulto, alzó la voz, y, arrebatado de santo celo, se dirigió á los hebreos intimándoles que se convirtiesen: *poenitemini igitur, et convertimini ut deleantur peccata vestra*, de ese modo yo tambien levanto ahora la voz, y á mi voz se unen las de tantos venerables hermanos y predicadores evangélicos, y todos juntos clamamos á los pueblos: *convertimini et poenitemini!*

Uno de los medios de penitencia es el ayuno. Pues bien; yo tiendo desde aquí la mirada por el mundo católico... ¿Qué veo? Veo que esta santa práctica está completamente dada al olvido en algu-

nas partes del universo. Si, yo se lo digo á todos los católicos esparcidos sobre la haz del globo: *poenitemini, poenitemini!* Y al mismo tiempo les advierto que para el santo ejercicio de la penitencia hay necesidad de volver á la práctica de los ayunos prescritos por la Iglesia.

Con mayor razon aun me dirigiré á todos aquellos que, no solo violan enteramente el precepto del ayuno, pero manifiestan además soberbio desden á todas las prescripciones de la Iglesia, burlándose de los milagros y blasfemando de todo lo que no entienden, y les diré que la espada de las divinas venganzas está suspendida sobre ellos y singularmente sobre la cabeza de los injustos y sacrilegos usurpadores que han contribuido á inundar tantas partes del universo de sus doctrinas perversas, de sus obscenas provocaciones al mal, de sus blasfemias y de tantos insidiosos artificios que han aprendido en la escuela de Satanás. Si, sobre su cabeza está suspendida la espada de las venganzas divinas, tanto mas pronta á herir cuanto mas se rian de ella y la desprecien.

Cuanto á vosotros, hijos muy amados, y á todos los que, como vosotros, se ocupan activamente en su propia santificacion, en la santificacion del prógimo, en la defensa de la Iglesia y de la Santa Sede, diré la palabra misma del Apóstol; *Cum venerint tempora refrigerii*. Vendrá, si, vendrá el tiempo del reposo: no solamente aquel que nos hará felices por toda la eternidad en el Paraiso, al cual todos debemos aspirar ardientemente; pero es de creer tambien que no tarda en llegar el tiempo que nos traiga una tregua despues de tantas tribulaciones,

aquí bajo sobre esta tierra, que nos devuelva el reposo y la calma; el reposo y la calma que anunciaba á la Santa Iglesia aquella virgen y mártir, cuya fiesta celebraremos mañana, Santa Lucía, en el momento mismo en que vertía toda su sangre en testimonio de la fé de Jesucristo.

Sin embargo, para lograr ese tiempo deseado, debemos perseverar en la oracion, y á la oracion debemos unir un cuidado constante de conservar en las familias la paz que viene de Dios, y en público aquella conducta que distingue al hombre que tuvo la dicha de recibir en la frente la señal de cristiano.

Hijos amadísimos que me estais escuchando: vosotros, que en vuestra diócesis de Rennes venerais con tanto cariño á la Santísima Virgen, con el nombre de *Notre-Dame de-Bonne Nouvelle*, (Nuestra Señora de la Buena Nueva), rogadla, si, rogadla; para que esta Madre tan tierna, que ama tanto á los hijos que le están consagrados, pueda en fin anunciar al mundo entero, por el medio que mas convenga, la Buena Nueva de que su amado amado Hijo admite á perdon á todos los que se lo piden eficazmente, y nos concede la paz que solicitamos con ardientes y multiplicadas oraciones.

Y puesto que vosotros habeis escogido por protector vuestro á San Pedro, ante cuya tumba habeis venido á prosternaros, rogadle, conjuradle, que se acuerde de que en medio de la tempestad desencadenada, clamó á Jesucristo; *Domine salva nos!* Y decidle que quiera, ahora que está glorioso en el cielo, clamar á Dios diciéndole: *Salva eos, Domine Deus noster!* Que lo diga con el ardor del

Príncipe de los Apóstoles; que lo diga con la autoridad del primer Jefe de la Iglesia; y tambien esta vez sucederá la tranquilidad y la calma al ruego de intercesor tan poderoso.

Entre tanto, yo abro la mano y bendigo vuestras personas, y todo lo que de cerca os toca. Que esta bendicion descienda sobre vuestras familias y estreche mas los lazos del cariño; que descienda sobre vuestros conciudadanos, y los una entre sí con perfecta concordia: que descienda sobre el *Pastor* y le lleve, no solo consuelos al alma, pero tambien alivio al cuerpo; que esta bendicion descienda sobre todas las cosas religiosas, siugularmente de vuestra diócesis, descienda, en fin, sobre Francia toda entera para que Dios la haga superior y vencedora de tantos peligros como la cercan.

Benedictio Dei, etc.

MOVIMIENTO CATÓLICO.

CRÓNICA DE 1875.

La Santa Sede y el gobierno italiano.—El Congreso de Florencia.—Nuevas leyes de persecucion en Alemania.—Conflictos en Baviera.—El Catolicismo en el Norte de Europa, Suiza, Austria, Holanda, Bélgica y Rusia.—La libertad de enseñanza superior y las Universidades católicas en Francia.—Las Iglesias cismáticas de Oriente.—Situacion religiosa en América.—Asesinato del Presidente de la república del Ecuador.—Necrología.

Roma, la ciudad de los Papas, convertida al presente en capital de los revo-

lucionarios italianos, pero que ahora, como siempre, tiene el privilegio de llamar sobre sí la atención del mundo, y muy principalmente de los católicos, debe figurar en primer término en nuestra crónica. Dificil es reseñar, siquiera sea brevemente, las medidas adoptadas por el gobierno italiano para descatolizar á la ciudad Eterna é impedir al Sumo Pontífice el libre ejercicio de su poder espiritual. Invocando el famoso principio de *La Iglesia libre en el Estado libre*, priva de su libertad á la Iglesia en la persona de su Jefe, despoja de sus bienes á las Congregaciones religiosas, niega á los Obispos el pago de sus consignaciones, expulsándolos de sus casas, y permite y fomenta los más indignos ataques contra el Catolicismo por medio de la prensa escandalosa é impía.

La revolucion italiana procede con el carácter propio de aquel país; rehuye la persecucion sangrienta, pero cada dia imagina una nueva disposicion contra la Iglesia, y los daños que de este modo podria causar serian formidables, si el heróico ejemplo del Pontífice y la noble constancia del episcopado y del clero no mantuviesen íntegra la fé y el valor en la masa del pueblo.

Los ministros de Victor Manuel, como se ha dicho con razon, parecen haberse repartido la tarea de oprimir y vejar á la Iglesia. El ministro de Hacienda acaba de *liquidar* los bienes eclesiásticos, y se prepara para hacer otro tanto con las Obras pías de todo género; el de Instruccion pública se apodera de la Biblioteca del Colegio Romano, niega el permiso para fundar escuelas dirigidas por religiosos, y pone toda clase de im-

pedimentos á la enseñanza eclesiástica en los Seminarios. El ministro de la Guerra pide y obtiene del Parlamento la supresion de las exenciones de que gozaban los eclesiásticos en punto al servicio militar. El guardasellos Vigliani dá una Circular prohibiendo bajo severas penas la reproduccion de los discursos del Padre Santo, cuando á juicio del gobierno estén en oposicion con las instituciones y leyes del Estado. Estos y otros muchos hechos, que nos seria imposible citar, confirman más y más las palabras del Padre Santo, de «que la suprema y plena potestad, independiente de cualquiera otra, que la Providencia habia concedido á los Romanos Pontífices, les es necesaria para ejercer libremente en todo el mundo su ministerio espiritual.»

El Piamonte se habia propuesto convencer á Europa de que quitando al Papa el poder temporal le dejaba, sin embargo, íntegro el espiritual. A este fin forjó la famosa y asendereada ley de las *garantías* de 13 de Mayo del 71, donde sancionando las iniquidades cometidas, se dejaba la puerta abierta para otras nuevas. Y éstas han venido, y demuestran bien á las claras á todo el mundo lo que es aquella ley, y cuáles son y han sido siempre las intenciones del gobierno de Victor Manuel.

En tanto que esto sucede, y que se ponen obstáculos á la libertad de la palabra evangélica, los periódicos revolucionarios atacan y escarnecen indignamente los sacrosantos misterios de nuestra religion, y los teatros hacen parodias sacrílegas de las más augustas ceremonias. Y la calumnia y la injuria por medio de la prensa son tan frecuentes,

que el procurador general Giglieri se ha visto en la necesidad de aludir á ello en su discurso de reapertura de los tribunales, diciendo: «Cuantas veces vemos vilipendiados en Roma los nombres más dignos de respeto.» Sin embargo, este mismo magistrado contestaba en Febrero de 1873 al Cardenal Patrizzi, vicario de Pio IX, que se quejaba de las blasfemias y horribles impiedades de *La Capitale*, periódico garibaldino: «Vuestra eminencia no puede ignorar que el art. 2.º de la ley de 11 de Mayo de 1871 proclama la plena libertad de discusion en materias religiosas.»

(Se continuará.)

CULTOS RELIGIOSOS.

Domingo.—En la Colegial, á las nueve y media, misa conventual. Por la tarde, á las cuatro, minerva con sermon que predicará D. José Carratalá, teniente cura de la misma. En Santa María, á las nueve, misa mayor. En la Virgen de Gracia, á las ocho, misa de renovacion. En las Agustinas, por la tarde á las tres y media, mesada del Consuelo con sermon que dirá D. José Juliá, capellan de la propia iglesia.

Martes.—En las Agustinas á las ocho misa de renovacion.

Jueves.—En las Capuchinas á las seis y media misa de renovacion y por la tarde á las cuatro el trisagio.

Sábado.—En la Colegial, á las ocho, misa de renovacion.

JUBILEO DEL AÑO SANTO.

El *Boletín Eclesiástico* del arzobispado de Toledo, publica el siguiente importantísimo documento:

«Secretaria de Cámara y Gobierno del Arzobispado de Toledo.—S. Eminencia Rma. el Cardenal Arzobispo mi Señor, ha recibido del Emmo. Sr. Pro Nuncio de Su Santidad en estos reinos la siguiente comunicacion;—Emmo. señor: El Santo Padre se ha dignado conceder próroga del Santo Jubileo para España y sus dominios de Ultramar, hasta el dia 23 del próximo Abril, domingo de Quasimodo.—Lo que me apresuro á comunicar á V. E. R. para que lo ponga en conocimiento de los fieles de esa diócesis.—Dios guarde á V. E. R. muchos años. Madrid 7 Enero 1876.—Juan, Cardenal Simeoni, Pro Nuncio Apostólico.»

ADVERTENCIAS.

Con el objeto de regularizar la administracion, rogamos á nuestros abonados se sirvan enviar por medio de libranzas del giro mútuo las cantidades que adeudan por la suscripcion á este periódico hasta fin Diciembre último.

Nuestros lectores comprenderán la necesidad que tenemos de hacer una liquidacion general para evitar entorpecimientos en la gestion administrativa, pues de otro modo los graves perjuicios que se nos irrogan por la falta de pagos, nos imposibilitaria continuar la publicacion.